

DISCURSO DE ORDEN DEL DOCTOR
ARMANDO ALARCON FERNANDEZ
CELEBRADO EN EL SALÓN DE SESIONES
DE LA CÁMARA LEGISLATIVA DEL ESTADO MÉRIDA
EL 15.09.88, CON MOTIVO DE LA
CELEBRACIÓN DEL
**XXX ANIVERSARIO DE LA FACULTAD DE ECONOMÍA
DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES**

Estamos aquí al abrigo de este sobrio y glorioso recinto, póstumo vestigio de las candelas federales, con la venia de esta audiencia, luminosa expresión del pueblo en sus dos mas genuinas representaciones: la Asamblea Legislativa y el Consejo de esta prócera ciudad de Mérida. Nos hemos congregado para hacer memoria del acto académico mediante el cual fue creada la Facultad de Economía de la ilustre Universidad de Los Andes hace, por estos días, treinta años. Hecho trascendente e histórico no sólo porque la Universidad renovaba y ampliaba su prospecto de enseñanza superior con una ciencia dinámica, teórica y doctrinariamente controversial, metodológicamente compleja, sino porque incorporaba a numerosos sectores de la población estudiantil a un campo de estudio de la fenomenología colectiva que implica un alto grado de vocación profesional y condiciones proclives a la sensibilidad social, y permitía a la región contar con un órgano idóneo, su instituto, con un profesorado dedicado al estudio, análisis e investigación de los numerosos y graves problemas que gravitan con marcada vigencia en las realidades de los pueblos andinos.

Sus aulas han vibrado de resonantes voces juveniles, plenas de vigor y optimismo, con el corazón latiendo como el azogue de una brújula, el nervio y la vista hacia el futuro que es su norte, afanosos e inquietos, transidos de angustia, ardiendo en la brasa de su fuerza vital, pero siempre abiertos los brazos generosos, para las causas nobles, reclamando con urgencia una propuesta frente al atropello, despojo o la injusticia.

Esta Facultad nació en una hora iluminada por una antorcha untada en la resina de la unidad del pueblo, con decisión de hacer camino en marcha firme, desbrozando el barzal del empirismo y la ignorancia para la siembra fecunda y la cosecha pródiga.

La Venezuela que la vio en sus primeros pasos vacilantes en las postrimerías del 58 era un país económica y socialmente distinto en todos sus aspectos, menos en su condición de país dependiente.

Otras eran las exigencias de entonces y otras las prioridades que el país establecía como cuestiones fundamentales en el esquema de sus urgencias. La Nación terminaba de pasar la prueba de un gobierno dictatorial y todo su clamor y luchas populares, toda su energía y esfuerzo se orientaban a obtener un régimen de libertades públicas, el respeto de los derechos humanos como concreción de una democracia representativa. Se agrupaban las organizaciones políticas, se incrementaban acciones unitarias para el trabajo concertado, se firmaban pactos para el ejercicio no hegemónico del poder político y, por supuesto, la Universidad como nave capitana, orientadora en la búsqueda de las mejores rutas, trazaba derroteros sin peligro de huracanes y tempestades para arribar a un buen destino. Compartíamos el ensayo de la Universidad autónoma, abierta a todos los venezolanos y abierta también a la discusión y análisis de todos los esquemas ideológicos; y esta Universidad oteadora de futuro dirigía su proyección a la necesidad de preparar los profesionales que demandarían las tareas inmediatas y exigentes de la construcción nacional, fundamentalmente en el campo económico.

Estas consideraciones guiaron, presumiblemente, al Rector Magnífico doctor Pedro Rincón Gutiérrez y demás autoridades universitarias, para iniciar las gestiones dirigidas a la creación de esta Facultad. Tuve el alto honor de suscribir junto a los Ilustres Maestros Ernesto Peltzer, a quien rindo en estos momentos el homenaje del recuerdo y agradecimiento, el doctor Maza Zabala y el coterráneo Economista Hernán Avendaño, el informe de factibilidad como opinión favorable para su creación. Nació entonces este centro de estudios superiores enclavado en el corazón de la montaña bajo los mejores auspicios, en ambiente propicio para la reflexión, para el estudio, para la obra del pensamiento creador. Eran estos Andes de entonces el área deprimida por excelencia del territorio nacional. Abajo más allá de estas cumbres estaba la Venezuela de la leyenda petrolera, la Venezuela sin continencia, la Venezuela derrochadora y futil. Aquella que llegó a la locura del derroche y el despilfarro, piedra deslumbrante pero legítima.

En el proceso histórico que se cumple entre septiembre de 1958 a la fecha, han ocurrido en estos seis lustros cambios muy profundos de

la realidad venezolana. Aquel era entonces un país de reducidas dimensiones en que respecta a su actividad económica. La oportunidad histórica hacía posible un profundo cambio en su estructura que permitiera una orientación segura en el establecimiento de una economía menos dependiente y vulnerable a los embates y a las políticas de los grandes países industriales y a los efectos de los vaivenes internacionales resultado de la lucha por el predominio mundial. Había un entendimiento político y una buena dosis de comprensión, sin pasión sectaria, requisito **sine que non** para adoptar medidas de incidencia popular. No es ésta una reminiscencia nostálgica a lo que pudo haber sido, pero no correspondía al honor de esta Tribuna si mi palabra la empleara sólo para la exaltación anecdótica de la nueva Facultad, de su historia y de sus logros. Creo mi deber conciliar un balance comparativo entre el momento de la fundación de esta Facultad y la hora presente. Ello nos permitirá concluir la inmensa responsabilidad, de esta y de todas las facultades universitarias de Economía y por supuesto lo que esa responsabilidad atañe para sus profesores y para quienes han decidido orientar su vocación al estudio de estas disciplinas.

Ese interés comparativo es útil, pues treinta años de perspectiva histórica a sabiendas de los recursos que dispusimos, dan una idea del tremedal en el cual nos movemos y de la cercanía del precipicio. Con todas las observaciones meteorológicas que pueden hacerse y la imperfección de los términos comparativos, tiempo en el cual se mezclan ondas cíclicas de corta duración, momentos de bonanza, efectos coyunturales de auge o depresión y ahora, un ciclo ya largo de francas características depresivas, con evidencia de que la estanflación cobra fuerza para hacer más severo y persistente el cuadro crítico, me permito no obstante, otorgarle valores de bondad en el sentido de observarlo como si fuera una pantalla que ofrece una imagen aproximada de sus perfiles.

No está demás mirar un poco retrospectivamente al país de entonces. Ello sirve para adquirir conciencia actual de que no hay tiempo que perder, o procuramos rectificar conductas, apremiar el trabajo, utilizar los recursos con eficiencia reproductiva o definitivamente entregaremos a la próxima generación un país que recibimos en la plenitud de sus riquezas y ofrecemos solo menguas.

Esa responsabilidad que todos compartimos es tanto mayor para las Universidades y sus Facultades de Economía en cuanto a ellas

corresponde por Ley y por mandato de la misma esencia de su misión, convertirse en la conciencia crítica de la Nación para orientar a quienes tienen en sus manos el poder decisorio en función de una política coherente, definida y adecuada a la superación de la terrible, peligrosa y comprometida hora que vivimos.

Quiero entonces que mi palabra sea apreciada como la preocupación, la inquietud, la angustia, mejor, de un venezolano que no tiene otras credenciales que le acrediten que el haber tenido la oportunidad de que la Universidad lo hubiera formado gratuitamente y del deber únicamente ciudadano, patrióticamente venezolano de llamar a la reflexión en esta “hora de conciencia y del pensar profundo” para decirlo con el sereno y limpio verso de Andrés Bello. Ningún escenario será mejor que esta Tribuna colocada en lo más alto de Venezuela, desde esta cumbre que domina todos los puntos de la Patria, desde esta ciudad que como dice el Versículo Bíblico de su escudo, “la ciudad enclavada en un monte no puede ser ignorada”.

Veamos. Para 1958 la población venezolana contaba con apenas 7.000.000 de habitantes. De esta población el 61% lo constituía la población económicamente activa. El 60%, 4.200.000 personas vivían en centros urbanos y el 40%, 2.800.000 vivían en áreas rurales. El producto territorial bruto (bienes y servicios producidos) para el año 1958 alcanzó 18.279 millones de bolívares, ese producto fue generado en un 35,8% por el sector primario, el 20,2% por el secundario y el 44% por el terciario (éste último, la producción de servicios y comercio) propio de su condición de país meramente importador y monoprodutor. El Ingreso Fiscal ordinario para dicho año fue de 4.706 millones de bolívares. La liquidez monetaria llegó a 5.740 millones de bolívares; el ingreso de divisas, producto de la exportación petrolera, 1.290 millones de dólares y el ingreso por exportaciones totales, 2.472 millones de dólares. Las reservas internacionales del Banco Central ascendieron a 1.011 millones de dólares y la paridad cambiaria se cotizaba libre de controles a 3,35 bolívares por dólar.

La deuda pública total era de 463 millones de dólares y la pública externa de 194 millones de dólares.

Como puede apreciarse era un país modesto con un relativo equilibrio. El grado de inflación de margen relativamente soportable aunque con su peligroso grado de vulnerabilidad, dependencia, tierra propicia a la codicia extranjera bastión de las transnacionales para la

explotación de sus materias primas y enclave de sus economías de dominación y sometimiento, causa estructural fundamental, para las penurias de hoy.

En estos treinta años transcurridos ocurrieron fenómenos tanto en la esfera nacional como la internacional que causó un verdadero impacto en la economía de la nación. Se produjo un violento crecimiento merced al imprevisto aumento de los precios petroleros. Se amplió su vulnerabilidad. El país creció pero sin desarrollo, se agitaron las necesidades, se agravó el desfase social entre los perceptores de ingresos y se crearon nuevos y más agudos problemas.

En el marco de una comparación estática la población aumentó de 7 millones a 19 millones, es decir, aumentó 2,7 veces, un aumento del 173% en el período, en el orden de 5,77% interanual. De esa población que bordea los 20 millones, el 82% forma las grandes ciudades, o mejor, produjo un falso urbanismo porque el 60% se hacina en los cinturones de las ciudades y pueblos grandes. El 18% constituye las zonas rurales; esto no ha sido resultado de industrialización que hubiera demandado mano de obra, sino el proceso de concentración del capital y de un fenómeno que forma parte de la penetración de las áreas de los grandes países industriales, pues esta penetración no sólo se da de los grandes de las potencias industriales hacia los países dependientes, sino también internamente donde el centro domina la provincia en círculos concéntricos y la pone a su servicio para proveerse de sus recursos.

El Producto Territorial Bruto, según las cifras conocidas, ascendió a 74.000 millones de bolívares en comparación con los 18.297 del 58, el sector primario generó el 14% en comparación del 35% generado en el año 58. El secundario un 27% contra un 20,2% del 58, y el 59% el sector terciario en comparación con el 44% del 58, lo que indica un agravamiento en la prevalencia del sector terciario para radicalizarse la condición de país de servicios o país servicial o servil como alguna vez lo calificó el Economista Académico doctor Francisco Mieres. El ingreso nacional por habitante fue de Bs. 2.611 en 1958 o sea 779 en términos de dólares, con un poder adquisitivo a nivel de precios de 1958 que ascendió a 4.100 bolívares en 1987, equivalente a 267 dólares con poder adquisitivo drásticamente menor al año 58. El ingreso fiscal cercano a los ciento noventa mil millones de bolívares rebasa al del 58 que apenas ascendía 4.700 millones de bolívares.

Las reservas hoy son de 8.300 millones de dólares contra 1.011 millones en 1958 con un saldo desfavorable en el presente de 2.500 millones de dólares. Finalmente, el poder adquisitivo externo que de 4,30 pasó a 14,50 por dólar que es un dólar subsidiado pues el equilibrio del mercado parece situarnos no por debajo de treinta bolívares sin tomar en consideración las manipulaciones especulativas. Es evidente el crecimiento.

Todas estas magnitudes globales dan la idea de un país que creció en el tiempo. Podría hablarse de un país colocado en el camino del progreso, incluso de una Venezuela post petrolera porque en el marco de su mercado externo aparecen mercaderías distintas al petróleo. Y así sería, si la deuda pública mantuviera la proporción de 1958. Mientras el ingreso fiscal en 1958 estaba gravado por 1.554 millones de bolívares equivalente a 463 millones de dólares, la de hoy sobrepasa 2,5 veces el ingreso fiscal y equivale tal deuda a 32.000 millones de dólares que son 464.000 millones de bolívares. A esto hay que agregar que el petróleo es y continuará siendo, no por tiempo relativamente mediano, el factor dinámico de la economía y todo lo que ocurra alrededor de su mercado incidirá negativa o positivamente en nuestro próximo futuro. He aquí porque sus avatares repercuten drásticamente en la dinámica interna. Por esto la carga de la deuda externa rebasa nuestra capacidad de pago y coloca al país en dificultades de poco probable superación. El solo servicio de la deuda agota las reservas, repercute negativamente en la balanza de pagos y conspira de modo fatal contra el capital nacional. Mientras esta situación persista el país está impedido para un proceso de avance continuado pues todo el caudal de sus recursos hay que destinarlos a la premura de las acreencias. Tal incidencia está recayendo sobre las clases más necesitadas con agravamiento de su pobreza. De modo que el país muestra en los actuales momentos, más que en épocas anteriores, una dependencia de los ingresos petroleros más aguda y excesiva. La situación errática, los intereses poco comunes de los miembros de la OPEP, incluso las diferentes concepciones filosóficas y apreciaciones sobre la totalidad mundial, así como sus ancestrales modos de vida y la política de las potencias manipulante de los precios, conduce a pensar que la baja persistirá porque en los esquemas de los países industriales conviene a los objetivos trazados. Esto hace crear un clima de mayor inquietud y preocupación que refuerza la dependencia estructural, y obnubila el campo visual para la toma de decisiones apropiadas y justas. No porque no existan instrumentos para superar la postración sino porque esos instrumentos

se manejan con timidez y precaución desmedida frente a los sectores de la economía privada quienes se les facilitó la exportación neta de capital a los bancos del exterior donde están los depósitos cuyos intereses cubrirían con creces no sólo el pago del servicio de la deuda sino el pago mismo de ella, y quienes fueron, han sido y son los únicos beneficiarios de la crisis. Lógicamente la economía se contrae y la restricción en la corriente de divisas hace vacilante y penoso el acometer la estrategia del desarrollo. Todo esto conduce a un proceso inhibitorio del aparato productivo, se hace rígido el organismo impulsor, las poleas de transportación son vencidas por la fuerza de la inercia económica lo cual deriva un resultado insatisfactorio y logros de muy poca significación. A esto se agrega un factor psicológico de extrema sensibilidad que es un elemento de graves consecuencias negativas, aludo al hecho de que el país no ha asimilado la profundidad de la situación precaria. Si la nación continúa en la creencia de que todo es pasajero, que se trata sólo de aplicar correctivos, como es el lenguaje de la política-electoral, y se crea la falsa esperanza del regreso a un reciente pasado, es el peor aporte a la posibilidad de recuperación. La crisis sólo puede ser superada dentro de un marco de acción conjunta de absolutamente todos los estratos de la vida nacional, poniendo para la tarea única y primordial.

No puede haber peor causa para la derrota que el desconocimiento de los hechos reales. Una estrategia basada en hipótesis absoluta o parcialmente falsas no conducen sino al fracaso. Hace falta la verdad concreta, sin artificios, para que el pueblo conozca el diagnóstico cierto y asuma con valentía el esfuerzo del deber por cumplir. No es ni ha sido fácil convertir un país productor de materias primas e importador neto en un país productor industrial - exportador. El problema venezolano no es cambiar una minería por otra minería. Es hacer un país de elevada productividad, de eficiencia en la relación producto-capital, es convertir el petróleo en un factor dinámico, tránsito del modelo petrolero monoprodutor hacia una transformación que conduzca a la diversificación en la utilización del producto y los subproductos dentro de un complejo industrial ampliamente competitivo igual para el resto de las empresas del hierro, del acero y del aluminio.

Si algo podemos anotar como un signo positivo en la Venezuela actual es la posibilidad de concurrir a los mercados internacionales con relativas ventajas en sus costos comparativos que están abriendo lentamente pero seguras las puertas de otros países. Hacia allí

debemos orientar nuestros pasos. Creando nuestra propia tecnología, mejorando los niveles científicos, dedicando tiempo y recursos a la investigación. Debemos entender que el dominio de los países industrializados ya no se concentra en el uso del capital, ni en políticas de enclave, mas bien en la imposición de tecnologías y en el dominio científico. A ello debemos hacer frente. En la medida en que nuestras universidades amplíen el campo de la investigación y de la búsqueda de tecnologías propias estaremos en capacidad de concurrir con éxito a la cita del desarrollo y la independencia. Es a la Universidad a quien atañe esta responsabilidad, estos son los únicos centros capaces de superar esta brecha. La Universidad tiene que enfrentar sin mitos, sin dogmas, con decisión ese reclamo. Para ello debe abandonar el pragmatismo malsano, volver a la mística, a la doctrina, a los principios que es la esencia del universitario, tan dolorosamente abandonados. La Universidad tiene que hacer frente a la masificación de sus aulas, a la baja calidad de la enseñanza, al abandono de lo primordial por lo accesorio, debe cumplir su papel ductor y debe portar el estandarte del ejemplo, como expresión de su propia y altísima dignidad. La Universidad tiene ante sus ojos la mejor lección para retomar el camino. El caso venezolano así lo demuestra. No son los recursos financieros, no son los recursos naturales lo que hace grande a una nación. Venezuela contó con todo esto y en demasía. Se rebosaron las áreas públicas. Se expandieron los institutos bancarios. Aumentó el ahorro en grados considerables. Sobró energía, tierras, capitales, minerales y sin embargo, caímos en las más precarias condiciones. Porque faltó el elemento humano, porque a la hora de necesitarlo no contamos con el elemento indispensable, el recurso humano preparado, formado intelectual y moralmente, capacitado para asegurar resultados. El reto planteado es hacer un país. Sin olvidar los innegables logros de los últimos años hay un signo que hace más preocupante el destino inmediato y que de no corresponder a las expectativas pueden crearse inaplazables fermentos de conmoción social. Algunos de esos signos no están demás anotarlos: la tendencia a la desigualdad se agudiza, las clases medias que habían logrado sensibles estados de relativo bienestar y que aumentaba en niveles sostenidos está cayendo hacia el empobrecimiento; el envilecimiento del ingreso del trabajador hace más precaria su existencia; el aumento de las áreas marginales ya no está solo en las grandes ciudades sino que constituyen sus barrios insalubres en los alrededores de sus pueblos y villorios; el desempleo acusa cifras por demás elevadas y la economía informal cubre cada día

mayor amplitud, lo que hace presumir que ese desempleo forzoso es de mayores magnitudes al 12% estadístico.

Por el contrario, la remuneración al capital y al empresario aumenta en la medida en que baja la participación de los trabajadores. Mientras la masa laboral que es el 80% de la población apenas percibe el 60% de ingreso nacional, el empresario y el capital que es el 20% de la población, recibe el 40% del ingreso.

La muy reciente caída de los precios del petróleo anuncia nuevas y más agudas dificultades. El país en las condiciones actuales no está en capacidad de superarlas. Los signos de recuperación son precarios. Nadie puede negar que algunos índices demuestran leves mejorías, pero es necesario una política enérgica para que un sector financiero y empresarial enriquecido con el endeudamiento público no continúe aprovechando la crisis para su propio beneficio cuando en las áreas del exterior están colocados los dólares que adeudamos en cifras muy por encima del monto total de las acreencias.

Señoras y Señores, mi palabra no es una actitud de pesimismo frente a las circunstancias. No es entrega ni renuncia a la batalla. Es llamado de acción combatiente. Lo decimos y lo proclamamos, no por nosotros sino por los otros: no es ni siquiera un reto ni un desafío, es más que eso, es el compromiso de un deber por cumplir y en este sentido el país reclama es a los economistas; estos filósofos de la vida material como los llamara Heilbroner, pensadores del **haber mantenevia** en el llano lenguaje del Archipiesta de Hita, para encontrar un modelo capaz de sustituir el tradicional que abra caminos hacia el cambio social. Cambio social he dicho, porque la crisis que padecemos más que una crisis coyuntural, más que un ciclo recesivo es una crisis donde está implícito los valores morales e incluso el pensamiento económico. La teoría convencional, los instrumentos teóricos con los cuales hemos contado y manejado se han demostrado incapaces para recomendar las soluciones apropiadas ni la ortodoxia clásica, ni la teoría Keynesiana han podido frenar el desbarajuste en que esta sumida la economía internacional. Hay evidentemente para nuestros pobres países, que el eufemismo de intereses complaciente calificada en proceso de desarrollo, cuando realmente marchamos hacia un proceso de más subdesarrollo, un considerable distanciamiento, o mejor, un retraso en el esfuerzo de los economistas de estos países dependientes con respecto a las aplicaciones científicas de los países dependientes industrializados. Distintas son las

condiciones en que se mueven aquellas economías, distintos los comportamientos de sus mercados y distintos sus intereses y sus potencialidades. No hay ni remota comparación en los problemas que nos afligen. Por eso es indispensable que nuestros centros universitarios sobre todo en el campo económico y las otras ciencias afines complementarias hagan un esfuerzo para poner todo el caudal de sus talentos a la búsqueda afanosa de interpretación teórica que derive hacia una praxis coherente, hacia un modelo racional que se adapte a las realidades de estos países para lograr efectivamente las medidas capaces de encontrar el cambio de nuestra superación, crecimiento e independencia sin que esto signifique el que estemos abjurando de la formación que recibimos ni mucho menos del proceso de acumulación y sistematización científica que hemos recibido en los doscientos y tantos años de nuestra ciencia. Yo diría que el desafío para los economistas venezolanos y para Latinoamérica y el Tercer Mundo en general no es una investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones con la cual Adam Smith inició nuestra ciencia, sino una investigación sobre la naturaleza y causa de la pobreza de estas naciones.

Es ciertamente hora de múltiples, razonadas y complejas tribulaciones. El tiempo marcha y no espera. Las necesidades se acrecientan. La duda, el desconsuelo, las fuerzas ceden al infortunio, pero pensemos como el maestro Maza Zabala en un memorable discurso: “Los momentos difíciles si bien nos someten a privaciones y a angustias, tienen la virtud de abrirnos caminos de salvación y esperanza. El temple de los hombres y de los pueblos se forja en la adversidad, crece en la pena, pero se torna fuente de alegría en los acontecimientos que reúne a los miembros de la comunidad alrededor del fuego sagrado de la amistad”.

Señor Presidente de la Asamblea Legislativa.

Señor Presidente del Consejo.

Agradezco el alto honor que me han dispensado al permitirme acceder a esta Tribuna.

Nos hemos reunido para exaltar los valores positivos del hacer académico, de la entrega del hombre a causa justa, de la pujanza de las instituciones. Mañana esta provincia cumple 178 años de la declaración de la Independencia. Recordemos que Mérida fundió

campañas para forjar cañones en la lucha por la libertad y que eso la hizo heroica.

Señoras y Señores: empinemos un poco los pies para que el filo de estos cerros no impida mirar la inmensa extensión de la patria. Allí está todavía plena de recursos, de gentes, de sangre joven, de hombres con valiosas experiencias, de mujeres para continuar sembrando la semilla de la estirpe. No permitamos que la fe se pierda, enarbolemos una antorcha de optimismo para alumbrar el camino lleno sí de dificultades, de muy peligrosos precipicios, de recodos sombríos, pero marchemos en la seguridad de que debemos superar todo lo que nos estorbe. Hagamos lo posible para que la crisis social reciba la respuesta de la justicia, la equidad, la igualdad, para que los traficantes de la avaricia de los deshechos de la riqueza por la riqueza misma retrocedan frente a la decisión de un pueblo unido en el deseo de triunfar.

Señoras y Señores: esta es una tierra de óptimas virtudes, tierra de trabajo, de austeridad, de vida moderada, de palabra cumplida de serena firmeza; arriba, al filo cortante de la madrugada la ventisca golpea el grano de la espiga, agobia y doblega la flor pero de nuevo el día renace, el brillo del rocío deslumbra, el manantial reboza la cántara y el labriego no se amilana, remueve la gleba donde simiente germina entonces canta la trova montañera y su canto es egloga de amor y de esperanza para la tierra que es su heredad y su dueño.

Señores.